



# EL TELÉFONO EN NOBLEJAS. Antonia, Pepa y Conchita

**En las actuales circunstancias de confinamiento tenemos la posibilidad de conocer la situación de nuestros seres queridos de forma inmediata gracias al empleo de las tecnologías que facilitan la comunicación.** Los ordenadores personales nos permiten realizar llamadas con voz e imágenes a través de diferentes plataformas y enviar correos electrónicos. Con los teléfonos móviles, más extendidos y cercanos, podemos enviar mensajes vía whatsapp y realizar llamadas o videollamadas. Con los fijos tradicionales solo intercambiamos la voz. Estar conectado al instante a través del texto, del sonido y de la imagen con las personas que nos importan nos da una gran tranquilidad y contribuye a mejorar nuestro estado de ánimo al disponer de información actualizada y precisa de ellas y de lo que ocurre en nuestro entorno.

El teléfono es hoy una herramienta imprescindible en la sociedad. Para cualquier gestión pública o privada el número del móvil se ha convertido en un elemento identificador de la persona, casi como el DNI. Pero esta tecnología, en continua evolución, acompaña al ser humano desde hace poco más de ciento cuarenta años. Y la que soporta los teléfonos móviles apenas sobrepasa las dos últimas décadas. Conozcamos algo de su origen.

En 1854, el italiano Antonio Meucci, que había emigrado a Estados Unidos, creó un primer prototipo que denominó teletrófono. Pero no pudo patentarlo. Esto lo hizo ya, en 1876, Alexander Graham Bell, usurpando la idea de Meucci. La primera central telefónica fue creada en 1877 por el húngaro Tivadar Puskás, quien trabajaba con Thomas Edison. Estamos, pues ante un invento americano que pronto se extendió por toda Europa. Las primeras pruebas de uso se realizaron en España ya en 1878 y en 1882 se publicó un Real Decreto para la elaboración de un proyecto de ley sobre el establecimiento de la red telefónica. Ese último año se aprobaron los concursos para su creación y explotación en las ciudades de Barcelona y Madrid. A ellas les siguieron otras poblaciones importantes.

Para normalizar las condiciones de su puesta en marcha, se publicó el Real Decreto de 15 de junio de 1886 por el que se autorizaba al Ministerio de la Gobernación para conceder a particulares o compañías la explotación de las redes telefónicas con destino al servicio público. Siguiendo esa normativa, el de la ciudad de Toledo fue aprobado por Real Orden de 3 de julio de 1890. La compañía adjudicataria que realizaría toda la instalación tenía derecho a su explotación exclusiva durante veinte años.

Este sistema hizo que surgieran diferentes compañías telefónicas por toda España, como la Compañía Peninsular de Teléfonos, la Compañía Madrileña de

Teléfonos, la Sociedad General de Teléfonos..., hasta que, en 1924, durante la dictadura de Primo de Rivera, fue creada la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE), que explotaría, a partir de entonces, este servicio en régimen de monopolio por todo el país como filial de la empresa norteamericana International Telephone & Telegraph (ITT). No sería hasta mayo de 1945 cuando finalmente fuera nacionalizada la CTNE, perdiendo la ITT el control directo de la misma, al pasar la compañía a ser propiedad del Estado. De todas formas, para todas las cuestiones tecnológicas siguió dependiendo de ITT a través de su filial Standard Eléctrica, empresa española creada en 1926 para la fabricación y montaje de equipos de conmutación y aparatos telefónicos. En 1927, la CTNE puso en marcha, en su sede de la Gran Vía madrileña, que lo sigue siendo hoy, una central telefónica con capacidad para 40.000 líneas telefónicas, 150 operadoras y 100 repetidores. Era la más grande de Europa.

Pero volvamos a Toledo. En diciembre de 1890 se hizo la concesión de la red urbana a favor de Isabel González Alegre y Fanjul, fundándose así el "Centro de Teléfonos de Toledo". Los primeros aparatos se instalaron en la ciudad en la calle de la Plata núm. 1, actual sede de Correos, que era el domicilio familiar de la empresaria. En esa misma calle, pero en el número 18, tendría su sede el centro manual telefónico utilizado por la compañía. Y a finales de 1891 se instaló su primer locutorio público, cerca de la estación de Ferrocarril.

Una nueva disposición de 1893 autorizó la conexión de los centros ya creados con los pueblos cercanos. Esto permitió al concesionario de la red telefónica de Toledo a extender su red a otros pueblos de la provincia. El primero fue Ajofrín ya en 1895. En los años siguientes desde la ciudad de Toledo se instalaron líneas de postes para la conexión telefónica y telegráfica con localidades cercanas. En agosto de 1899 la red telefónica instalada en la capital llegaba, también, a Argés, Bargas, Burguillos, Cobisa, Gálvez, Olías y Polán. Y ofrecía como otro servicio novedoso la instalación de timbres en las puertas de las casas.

El número de abonados a la Red Telefónica de Toledo en los primeros años del siglo XX era de apenas unos centenares y cambiaba conforme se producían altas y bajas. No conservamos ningún listado oficial a una fecha concreta de ese periodo. Pero el número 1 lo poseía el bazar de Mariano Ortiz en la calle Sinagoga. La mayoría de los abonados eran establecimientos comerciales e industriales y organismos públicos de la ciudad que pagaban tarifas mensuales. Había pocos teléfonos en los domicilios particulares porque se consideraban un artículo de lujo. El Ayuntamiento de Toledo disponía de al menos cuatro números todos ellos de tres cifras. El del Ayuntamiento de Bargas

era el 907, por poner un ejemplo. La empresa disponía, además, de varios locutorios públicos para los no abonados. Y también ofrecía servicios interurbanos al estar conectada, desde finales de 1903, con la red telefónica de Madrid.

El 31 de marzo de 1914 terminó el periodo de concesión otorgado por el Estado a la compañía creada por Isabel González Alegre. A partir de entonces la Red Telefónica de Toledo quedó a cargo de la Compañía Peninsular de Teléfonos.

Poco a poco diferentes localidades fueron incorporándose a la red telefónica ya existente. El proceso se vio potenciado tras la creación de la Compañía Telefónica Nacional de España (CTNE) en 1924. Ese año, por ejemplo, el teléfono llegó a las localidades toledanas de Espinoso del Rey y de Torrijos.

A Noblejas tardaría unos cuantos años más. En concreto el servicio fue inaugurado el 28 de febrero de 1930. La crónica periodística recogida en *El Castellano* nos relata el acto de la siguiente manera:

*En Noblejas. Centro Telefónico Urbano.*

*El pasado viernes, a las cuatro de la tarde -según atento telefonema que nos dirige el alcalde de aquella población- fue solemnemente inaugurado un centro telefónico con veinticinco abonados en la red urbana. Bendijo la estación y los aparatos el señor cura párroco don Matías Heredero, asistiendo en representación de la Compañía Telefónica el administrador de Toledo don Francisco Morcillo.*

*Al iniciarse el servicio se cursaron telefonemas a los señores presidente del Consejo de Ministros, ministro de la Gobernación y gobernador civil, celebrándose también varias conferencias urbanas e interurbanas que demostraron la perfecta comunicación.*

*El vecindario ha recibido con gran satisfacción esta importante mejora que tanto facilitará el progreso del pueblo y el desarrollo de su riqueza.*

Aclaramos ya que al mensaje telefónico se le llamaba entonces telefonema.

Nuestro pueblo ya contaba, desde finales de noviembre de 1903, con un "gabinete telegráfico" en la estación del tren, pero era para uso exclusivo del ferrocarril, aunque se podía utilizar en cualquier emergencia.

Dada la importancia de la industria bodeguera en Noblejas no es de extrañar que fueran sus propietarios los más interesados en conseguir este servicio que facilitaría la comercialización de sus productos. Ya en septiembre de 1918, el Ayuntamiento admitió un préstamo realizado por Adelaido Rodríguez para la instalación del teléfono. Y en marzo del año siguiente se adquirió material necesario para su puesta en marcha. En abril de 1921 se acordó destinar mil pesetas del presupuesto municipal para la adquisición de

una central telefónica. Todas estas gestiones pudieron desembocar en el acto relatado de 1930.

¿Y quiénes fueron esos primeros abonados que dispusieron de teléfono en Noblejas? Para ello disponemos de una guía de la CTNE, de octubre de 1933, que recoge 28 titulares. En ella figuran los siguientes:

Según esta fuente, la central telefónica manual se situaba en un domicilio de la plaza Angulo núm. 3, posiblemente atendido por una operadora. Esa plaza, en los planos históricos de Noblejas anteriores a la Guerra Civil, aparece denominada como plaza de la Era de Ángulo y ocupaba lo que ahora se conoce como plaza de Manuel García Oliva (junto a la ermita de la Magdalena) y, durante el franquismo, como plaza del General Moscardó.

Los requisitos para ser la operadora o telefonista que se encargaba de la centralita variaron desde principios del siglo XX. Las compañías solían buscar mujeres solteras jóvenes con una cierta formación que acreditaran buena conducta y habilidades manuales. En las localidades pequeñas, con tan pocos abonados, su trabajo no era intenso, aunque podían atender llamadas a cualquier hora, si eran urgentes. Nadie como ellas estaba tan al tanto de información sensible al "controlar" las conversaciones entre particulares.

Para realizar una llamada era preciso conocer el número de su destinatario, fuera de la localidad o de otra, utilizando las guías publicadas, la memoria o la información de la telefonista. Lo siguiente era llamar a la centralita. A continuación, la operadora solicitaba el número con el que se quería comunicar. El abona-



Emplazamiento del inmueble en donde se ubicaría la central telefónica de Noblejas en 1930.





do debía indicarlo con toda claridad, cifra a cifra. La telefonista lo repetía para comprobar que no había habido errores y, si era correcto, procedía a facilitar la comunicación o indicaba que estaba ocupado con otra llamada. Al menos este era el procedimiento establecido.

Esto se complicaba si lo que se pedía era una conferencia interurbana. Para poder realizarla era preciso dar el número del teléfono y el nombre del solicitante, el de la ciudad con la que se deseaba conferenciar y el número y nombre de la persona con la que se quería hablar. Entonces se colgaba y se esperaba hasta que la operadora volviera a llamar para indicar que la conferencia interurbana estaba preparada. El coste de estas era mayor porque tenían unas tarifas especiales que se facturaban en fracciones de tres minutos, habitualmente.

Las telefonistas se servían de cuadros o circuitos con diferentes clavijas para facilitar las conexiones. Cada clavija, que se correspondía con los números de los abonados, tenía una luz indicativa que se encendía cuando se producía la llamada. La operadora producía manualmente las conexiones de las clavijas con la ayuda de cables extensibles o circuitos de cordón.

Las centrales telefónicas manuales, como la descrita, requerían la presencia de las operadoras. Su sustitución por las automáticas fue un proceso lento iniciado, tal vez, con el establecimiento en 1936 de ese servicio en la ciudad de Toledo y concluido en 1988. Ese año desaparecieron de toda la geografía española los últimos centros manuales telefónicos y con ellos sus operadoras.

Pero volvamos a Noblejas. En el listado de 1953 no llegan a cincuenta los abonados de nuestro pueblo. En él, además del evidente cambio de nombres de las calles, la centralita ha pasado ahora a tener el número 100. La mayoría de los titulares están relacionados con la actividad vinatera, aunque también hay otros profesionales e instituciones. Veamos esos datos.

En 1969, en la guía publicada en diciembre de ese año por la Compañía Telefónica, el número de abonados de Noblejas era de 104, por lo que ya había algunos números de tres cifras.

No vamos a reproducir ahora esa lista. Tan solo recogeremos a continuación los números que utilizaban empresas e instituciones. Algunos son nuevos como las escuelas, la Caja de Ahorros, el Centro Emisor, CESA...

En esta guía, el cosechero Blas Muñoz García de la Rosa aparece con tipografía destacada, dentro de un recuadro. La lista de abonados ya se entendía que podía servir como vehículo publicitario.

Como vemos la central de la Compañía Telefónica seguía estando en

la plaza del General Moscardó, conocida antes de la guerra como plaza de las Eras de Angulo y que nosotros llamábamos "la plaza de los arbolitos". Allí transcurrieron los primeros años de mi vida, en una planta baja identificada en la actualidad como número 8 de esa Plaza, si bien entonces no tenía acceso directo a la calle.

En el actual número 5 tenía Manuel su botería. Verle arreglar pellejos de vino, hacer botas... resultaba una delicia. Decenas de estos recipientes colgaban de sus paredes identificados con las marcas de los bodegueros a la espera de ser arreglados. Simulaban cadáveres hinchados de cabras o terneros a los que les faltaban la cabeza y la parte inferior de sus extremidades. Pero su visión no me daba miedo.

Para un niño que no rondaba los diez años era sorprendente contemplar el trabajo de Manuel. En la botería, siempre con la radio encendida, le veía como trataba la piel con sus singulares herramientas, sentado en su banco y protegido por un rígido delantal de cuero siempre manchado. Realizaba cosidos muy precisos, en los que se necesitaba destreza y fuerza, con la ayuda de grandes agujas. Su trabajo consistía en conseguir que el odre fuera hermético y garantizar la buena conservación del vino. Lograr esto último dependía de la pez. Este producto negro y viscoso tenía un olor concreto, muy reconocible, que él elaboraba en una caldera situada en uno de los corralones que había en la parte posterior de toda esa gran manzana de casas, vertebradas por un gran patio interior.

Ese espacio al aire libre disponía de accesos a distintas viviendas interiores, a varias cámaras que servían de almacén de herramientas y cosechas, a corrales en donde se criaban gallinas y servían para las necesidades corporales más urgentes, a dos garajes en los que se guardaban tractores, a una cuadra en la que mi padre tenía su mula... Además, había una fuente comunitaria para coger agua, casi siempre rodeada de peligrosas avispas, una pileta realizada con parte de una tinaja utilizada por mi madre para lavar la ropa... y un buen número de gatos sin dueño, que sufrían los cantazos y perdigones de los niños del vecindario. El patio era un escenario infinito de juegos infantiles. Aunque cuando anochecía todo ese ir y venir desaparecía. La oscuridad, el maullar de los gatos, las sombras, el viento... lo convertían en un espacio inquietante sobre todo si a esas horas tenías que ir obligatoriamente a visitar a las "gallinas".

Sin duda era una variopinta y nada conflictiva comunidad en la que sobresalía la voz característica de Angelita, la mujer de Manuel. Ella era una buena persona, siempre dispuesta a ayudar a los demás, de ahí que habitualmente realizara los mandados que le hacía la tele-



Teléfono de sobremesa utilizado hacia 1930

fonista de Noblejas. No lo hemos dicho aún, pero en la planta alta de la botería, aunque con entrada propia por la calle, por el actual número cuatro de la plaza, y por el patio interior, vivían dos hermanas, Antonia y Pepa Martínez Villapol. Las dos eran ya mayores (a un niño todos los demás lo son). Antonia, que en realidad se llamaba Leona Pascuala Antonia, era la encargada de la central telefónica de Noblejas. Su hermana Pepa, enferma desde hacía muchos años, casi nunca salía a la calle.

De tarde en tarde subía a verlas, si mi madre me encargaba darlas un recado o llevarlas algo. Las dos me trataban con mucho cariño. Allí estaban solas, alejadas del mundo, aunque tenían otra hermana que se llamaba Conchita viviendo en tierras valencianas. Sus padres ya habían muerto. Se llamaban Trinidad y Encarnación.

Esta última había sido maestra en nuestro pueblo. De ella sabemos poco. Su nombre completo era María Encarnación Villapol Martínez. Había estudiado en la Escuela Normal Central de Maestras de Madrid obteniendo su título en 1889. Ese año se presentó a oposiciones para regentar una escuela de niñas en la capital. En 1917 consiguió plaza en Noblejas, por traslado desde Soria en donde entonces ejercía. Y fue una de nuestras maestras hasta el año 1932, fecha de su jubilación.

Trinidad Martínez, el padre, era un personaje muy curioso. María Encarnación era su segunda mujer. Del primer matrimonio tenía otras dos hijas que no vivían en el pueblo. De él contaban anécdotas de todo tipo, fruto de su carácter peculiar y de sus despistes.

Me gustaban mucho dos de ellas. En una decían que una vez fue a Ocaña conduciendo una moto con sidecar pero que solo cuando volvió a Noblejas se dio cuenta de que se había desenganchado el cochecito y había dejado a su acompañante abandonado a varios kilómetros. La otra es aún más divertida. Le gustaba mucho el teatro y en una de las funciones de aficionados en las que participaba en Noblejas se quedó en blanco mientras actuaba. El apuntador le dijo la frase



olvidada, “Tengo en mi pecho un volcán”, pero él la entendió mal y a alta voz declamó “Tengo en mi pecho un balcón”. Al escucharla le indicó de nuevo “Métete que la has cagao”, para que se marchara, pero él no se dio cuenta y en medio del escenario repitió esta última frase causando la hilaridad del público asistente que se había dado cuenta de toda la situación. Pero volvamos a Antonia y a Pepa.

Las dos tenían una muy buena formación. Su madre había ayudado a ello. Y es posible, incluso, que tuvieran estudios superiores. En la casa en la que vivían había estado siempre la central telefónica de Noblejas desde su inauguración en 1930. Sus distintas habitaciones estaban decoradas con robustos muebles antiguos que habían conocido mejores épocas. Aunque lo que más sorprendía era la oscuridad reinante en todas las estancias. Antonia iba poco a poco perdiendo vista y la luz le molestaba. Aun así, más de una vez la vi sentada frente a la central moviendo con gran seguridad las distintas clavijas conforme atendía las peticiones de llamadas de esos poco más de cien abonados que, por entonces, había en Noblejas. Con gran destreza los cordones eran desplazados de unos agujeros a otros formando un lío de cables entremezclados que conseguían comunicar a las personas. Para un niño eso era algo mágico.

Entrados los setenta, Antonia debió jubilarse y la central fue trasladada a otra casa particular, cerca de la calle Mazacote. Pocos años después el servicio telefónico fue automatizado en Noblejas desapareciendo para siempre el oficio de telefonista. Con ello, el número de teléfono de nuestro Ayuntamiento dejó de ser el 1 al recibir ya otro de seis cifras, que luego serían nueve.

La irrupción de los móviles, hace ahora unas dos décadas, ha aumentado su utilización multiplicándose el número de abonados en nuestro pueblo. El trato humano que ofrecían las antiguas operadoras ha sido sustituido, en las compañías telefónicas, por esos servicios enlatados en los que una voz impersonal te indica que “Si tiene una avería marque el 0, si...”. Y a veces, tras una larga espera, nadie te da respuesta. ■